

Biblioteca Popular Héctor Germán Oesterheld

Antología de poemas

Raúl Gonzales Tuñón
Fernando Grieta
Federico García Lorca



Centro Cultural Olga Vazquez
La Plata 2016

Antología de poemas de Raúl González Tuñón, Fernando Grieta y Federico García Lorca/ Biblioteca Popular Héctor Germán Oesterheld; Coaut. y selec. Fernando Grieta.-- 1ºed.-- La Plata: Centro Cultural Olga Vazquez, 2016.
43 p.;

La presente Antología, nace de un proyecto de la Biblioteca Oesterheld con el fin de abrir el espacio para los profesores y alumnos que participan en el Centro Cultural Político y Social Olga Vazquez.

Brindado también con la edición del Olga.

Así llega Fernando Grieta a la biblioteca. Le agradecemos por su participación a este emprendimiento productivo al conocimiento de poesía.

Su selección es muy valorable, los autores son grandes referentes del socialismo argentino y español.

También tenemos la posibilidad de conocer su obra.

Indice

Raúl González Tuñón.....	p. 1
Lluvia.....	p. 2
La luna con gatillo.....	p. 4
Los niños muertos.....	p. 8
Prohibido celebrar el primero de mayo.....	p. 10
La calle del agujero en la media.....	p. 11
Cosas que ocurrieron el 17 de octubre.....	p. 13
Fernando Grieta.....	p. 14
Canción de muerte a Alfredo.....	p. 15
Canto del desaparecido.....	p. 17
Aguantando la noche.....	p. 20
Los niños nocturnos de las plazas perdidas.....	p. 23
Canción de cuna para Patricia.....	p. 26
Europa, canto de olvido.....	p. 28
Federico García Lorca.....	p. 31
Iglesia abandonada.....	p. 32
Danza de la muerte.....	p. 34
El niño Stanton.....	p. 37
New York: Oficina y denuncia.....	p. 39
Paisaje de la multitud que orina.....	p. 41
La aurora.....	p. 43

Raúl González Tuñón

Nacido y muerto en la ciudad de Buenos Aires el 29 de marzo de 1905 y el 14 de agosto de 1974 respectivamente. De sus libros hemos seleccionado Todos bailan, La muerte en Madrid, Canciones de tercer frente y La calle del agujero en la media.

Su poesía tiene el olor a cigarro y sal de los puertos y el ruido de la pólvora y el yunque. Se consolidó en la bohemia donde lloran los payasos mala cerveza alemana, donde los recovecos guardan el secreto de los muñecos de trapo y el sombrero que el borracho olvida cuando el guardia lo echa a patadas a la mañana que es su noche, donde los cuerpos confusos buscan abrazos de esquinas en los mismos catres de un peso donde a su hermano la esperanza y la miseria le dieron la caricia de la tuberculosis.

Su afiliamiento a la lucha socialista le llevó a viajar del campo de batalla del suburbio a los jardines de rosas blindadas de la España en plena guerra civil. De la conciencia del frío pasó a la conciencia de clase. Cantó a los buses que arrojaban con escombros a los niños, a la tierra con hombres anónimos que con su sangre se cocían a fuego lento, al perro decapitado y a la muerte que se paseaba por Madrid en traje de luces. Así, su poesía estuvo al servicio del cambio del hombre ante cuya imagen más profunda, la del destruido, estaba acostumbrado. Insto a la lucha desde las letras y a las letras desde la lucha, el intelectual como un combatiente y no una figura pública o un cargo con mayor o menor prestigio.

El 14 de agosto de 1974 el poeta murió al amanecer tras la brisa de Buenos Aires como un consuelo a la agonía que iban a sufrir los movimientos socialistas frente a los que tenemos la responsabilidad de apretar el gatillo de la luna.

Lluvia

Entonces comprendimos que la lluvia también era hermosa.
Unas veces cae mansamente y uno piensa en los cementerios abandonados.

Otras veces cae con furia, y uno piensa en los maremotos que se han tragado tantas espléndidas islas de extraños nombres.

De cualquier manera la lluvia es saludable y triste.

De cualquier manera sus tambores acunan nuestras noches y la lectura tranquila corre a su lado por los canales del sueño.

Tú venías hacia mí y los otros seres pasaban:

No había despertado todavía al amor.

No sabía nada de nosotros.

De nuestro secreto.

Ignoraban la intimidad de nuestros abrazos voluptuosos, la ternura de nuestra fatiga.

Acaso los rostros amigos, las fotografías, los paisajes que hemos visto juntos, tantos gestos que hemos entrevisto o sospechado, los ademanes y las palabras de ellos, todo, todo ha desaparecido y estamos solos bajo la lluvia, solos en nuestro compartido, en nuestro apretado destino, en nuestra posible muerte única, en nuestra posible resurrección.

Te quiero con toda la ternura de la lluvia.

Te quiero con toda la furia de la lluvia.

Te quiero con todos los violines de la lluvia.

Aún tenemos fuerzas para subir la callejuela empinada. Recién estamos descubriendo los puentes y las casas, las ventanas y las luces, los barcos y los horizontes.

Tú estás arriba, suntuosa y bíblica, pero tan humana, increíble, pero, tan real, numerosa, pero tan mía.

Yo te veo hasta en la sombra imprecisa del sueño.

Oh, visitante.

Ya es seguro que ningún desvío nos separará.

Iguals luces señaleras nos atraen hacia la compartida vida, hacia el destino único.

Ambos nos ayudaremos para subir la callejuela empinada.

Ni en nuestra carne ni en nuestro espíritu nunca pasaremos la línea del otoño.

Porque la intensidad de nuestro amor es tan grande, tan poderosa, que no nos daremos cuenta cuando todo haya muerto, cuando tú y yo seamos

sombras, y todavía estemos pegados, juntos, subiendo siempre la callejuela
sin fin de una pasión irremediable.

Oh, visitante.

Estoy lleno de tu vida y de tu muerte.

Estoy tocado de tu destino.

Al extremos de que nada te pertenece sino yo.

Al extremo de que nada me pertenece sino tú.

Sin embargo yo quería hablar de la lluvia, igual, pero distinta, ya al caer
sobre los jardines, ya al deslizarse por los muros, ya al reflejar sobre el
asfalto las súbidas, las fugitivas luces rojas de los automóviles, ya al
inundar los barrios de nuestra solidaridad y de nuestra esperanza, los
humildes barrios de los trabajadores.

La lluvia es bella y triste y acaso nuestro amor sea bello y triste y acaso
esa tristeza sea una manera sutil de la alegría. Oh, íntima, recóndita
alegría.

Estoy tocado de tu destino.

Oh, lluvia. Oh, generosa.

La luna con gatillo

Es preciso que nos entendamos.
Yo hablo de algo seguro y de algo posible.
Seguro es que todos coman
y vivan dignamente
y es posible saber algún día
muchas cosas que hoy ignoramos.
Entonces, es necesario que esto cambie.

El carpintero ha hecho esta mesa
verdaderamente perfecta
donde se inclina la niña dorada
y el celeste padre rezonga.
Un ebanista, un albañil,
un herrero, un zapatero,
también saben lo suyo.

El minero baja a la mina,
al fondo de la estrella muerta.
El campesino siembra y ciega
la estrella ya resusitada.
Todo sería maravilloso
si cada cual viviera dignamente.

Un poema no es una mesa,
ni un pan,
ni un muro,
ni una silla,
ni una bota.

Con una mesa,
con un pan,
con un muro,
con una silla,
con una bota,
no se puede cambiar el mundo.
Con una carabina,
con un libro,

eso es posible.

¿Comprendéis por qué
el poeta y el soldado
pueden ser una misma cosa?

He marchado detrás de los obreros lúcidos
y no me arrepiento.
Ellos saben lo que quieren
y yo quiero lo que ellos quieren:
la libertad, bien entendida.

El poeta es siempre poeta
pero es bueno que al fin comprenda
de una manera alegre y terrible
cuánto mejor sería para todos
que esto cambiara.

Yo los seguí
y ellos me siguieron.
¡Ahí está la cosa!

Cuando haya que lanzar la pólvora
el hombre lanzará la pólvora.
Cuando haya que lanzar el libro
el hombre lanzará el libro.
De la unión de la pólvora y el libro
puede brotar la rosa más pura.

Digo al pequeño cura
y al ateo de rebotica
y al ensayista,
al neutral,
al solemne
y al frívolo,
al notario y a la corista,
al buen enterrador,
al silencioso vecino del tercero,

a mi amiga que toca el acordeón:
-Mirad la mosca aplastada
bajo la campana de vidrio-

No quiero ser la mosca aplastada.
Tampoco tengo nada que ver con el mono.
No quiero ser abeja.
No quiero ser única cigarra.
Tampoco tengo nada que ver con el mono.
Yo soy un hombre o quiero ser un verdadero hombre
y no quiero ser, jamás,
una mosca aplastada bajo la campana de vidrio.

-Ni colmena, ni hormiguero,
no comparéis a los hombres
nada más que con los hombres-
Dadle al hombre todo lo que necesite.
Las pesas para pesar,
las medidas para medir,
el pan ganado altivamente,
la flor del aire,
el dolor auténtico,
la alegría sin una mancha.

Tengo derecho al vino,
al aceite, al Museo,
a la Enciclopedia Británica,
a un lugar en el ómnibus,
a un parque abandonado,
a un muelle,
a una azucena,
a salir,
a quedarme,
a bailar sobre la piel
del Último Hombre Antiguo,
con mi esqueleto nuevo,
cubierto con piel nueva
de hombre flamante.

No puedo cruzarme de brazos
e interrogar ahora al vacío.
Me rodean la indignidad
y el desprecio;
me amenazan la cárcel y el hambre.
¡No me dejaré sobornar!

No. No se puede ser libre enteramente
ni estrictamente digno ahora
cuando el chacal está a la puerta
esperando
que nuestra carne caiga, podrida.

Subiré al cielo,
le pondré gatillo a la luna
y desde arriba fusilaré al mundo,
suavemente,
para que esto cambie de una vez.

Los niños muertos

Murieron como todos los niños sin preguntar de qué
y porqué morían.

A las 10 de la noche los aviones negros arrojaron bengalas como
en la verbena.

Al espía que hizo señales desde una ventana le agujerearon
el cráneo.

La muerte, con traje de luces, dio varias vueltas por la ciudad.
A las 10 y 2 minutos un estruendo redondo siguió a cada silbido.
Los tranvías se lanzaron a la carrera y un espacial azul agonizante.

El primer muerto falso fue un maniquí desvelado amarillo.
Todos los grifos de la ciudad fueron abiertos, todos los vidrios se
arrugaron.

El espía apretaba en su mano un plano del Museo y un tabuco.
En las mansiones incautadas los señores de los óleos
parecían decir: “No nos dejéis”.

Los periodistas extranjeros hicieron cola para ver a la primera señorita
muerta.

Los pianos cerrados de pronto con el ruido del féretro desplomado,
el olor del jardín mezclado al del humo y la carne chamuscada,
el hombre que precisamente a esa hora va en busca
de la comadrona,

la estatua sin cabeza con un letrero que decía Peluquero
de Señoras, el ladrido de los perros más solo que nunca
al fondo de los corredores,
todo pasó rápidamente, como en el cine, cuando
aún se oía el zumbido de la avispa gigante.

Los niños muertos por juguetes, asesinados por grandes mecanos armados,
con los que ellos soñaban cada noche, fueron recogidos
al alba sin mercados,
sin máscaras sueltas, sin churros, sin canciones
(fue la primera vez),
sin caballos blancos, sin manicuras, sin timbres de relojes, entre
ambulancias,
linternas, sábanas, delegados del gobierno, funebreros
y vírgenes llorando.

La sangre de los primeros niños muertos corrió toda la noche.
Cada niño tenía un número sobre el pecho, el 7, el 9, el 104, el 1,

pero la sangre corrió y se hizo río y fue una sola entonces,
la primera que corrió por los canales del sobresalto y el rencor.
En la tierra por ella regada en la noche creció la rosa de la pólvora,
se acerca la avispa
lanza contra ella sus furiosos pétalos junto a los hombres
que sonríen,
a nuestros bravos soldados que sonríen porque saben
por qué pelean y mueren.

Prohibido celebrar el primero de mayo

En la profunda soledad de las fábricas grises
En la oscura herramienta silenciosa
En los quietos arados pensativos
En las minas que guardan el secreto del tiempo
En los puertos que esperan con las naves encalladas
En los hangares pálidos y el petróleo cautivo
En el olor a bosque derramado de los aserraderos
En la estación que invaden las libres mariposas
En el bostezo de las frías oficinas
En el libro cerrado sobre la mesa familiar
En la lámpara sola que alumbró la vigilia
En los niños que sueñan con las islas distantes
En el canto que cantan los arrieros y el grillo
En la lluvia que hace nacer las azucenas
En el aire en el fuego en el agua en la tierra
Nosotros nos hacemos presentes con el día.
Nosotros los proscriptos miramos allá lejos
Donde la primavera perdida está esperando.

La calle del agujero en la media

Yo conozco una calle que hay en cualquier ciudad
y la mujer que amo con una boina azul.
Yo conozco la música de un barracón de feria
barquitos en botellas y humo en el horizonte.
Yo conozco una calle que hay en cualquier ciudad.

Ni la noche tumbada sobre el ruido del bar
ni los labios sesgados sobre un viejo cantar
ni el afiche apagado del grotesco almacén
telaraña del mundo para mi corazón.

¡Ni las luces que siempre se van con otros hombres
de rodillas desnudas y de brazos tendidos!
-Tenía unos pocos sueños iguales a los sueños
que acarician de noche a los niños dormidos-.
Tenía el resplandor de una felicidad
y veía mi rostro fijado en las vidrieras
y en un lugar del mundo era un hombre feliz.
¿Conoce usted paisajes pintados en los vidrios?
¿Y muñecos de trapo con alegres bonetes?
¿Y soldaditos juntos marchando en la mañana
y carros de verduras con colores alegres?

Yo conozco una calle de una ciudad cualquiera
y mi alma tan lejana y tan cerca de mí
y riendo de la muerte y de la suerte y
feliz como una rama de viento en primavera.
El ciego está cantando. Te digo: ¡Amo la guerra!
Esto es simple querida, como el globo de luz
del hotel en que vives. Yo subo la escalera
y la música viene a mi lado, la música.
Los dos domos gitanos de una troupe vagabunda
alegres en lo alto de una calle cualquiera.
Alegres las campanas como una nueva voz.
Tú crees todavía en la revolución
y por el agujero que coses en tu media
sale el sol y se llena todo el cuarto de luz.

Yo conozco una calle que hay en cualquier ciudad,
una calle que nadie conoce ni transita.
Solo yo voy por ella con mi dolor desnudo
solo con el recuerdo de una mujer querida.
Está en un puerto ¿Un puerto? Yo he conocido un puerto.
Decir, to he conocido, es decir: Algo ha muerto.

Cosas que ocurrieron el 17 de octubre

El automóvil se lanzó a la carrera con un ronquido impresionante.

El intendente visitó esta tarde los barrios húmedos y rencorosos.
A los 20 años sólo creíamos en el arte, sin la vida, sin la revolución.
Volveremos a la usina al olor de la multitud y los descarrilamientos.

A las 5.7 el tranvía cayó al Riachuelo.

El Restaurant Reis queda en Río de Janeiro.

¿Nise o Nice, se llamaba la mujer de Mario Magalhaes?

El tranvía escapaba por el morro la oruga tierna, luminosa.

Pero al fin se dio vuelta en el recodo y se perdió.

Y así se perdió y así se pierde casi todo el mundo.

Cuando volví mis viejos compañeros habían desaparecido.

Los niños juegan en la alfombras y ellos no saben nada;

por los ojos les entra la página del Veo y Leo.

(“¡Fuego, fuego! La casa se quema. Vienen los bomberos”).

Los enanos juegan en los calveros de los grandes bosques.

Ha hecho de mi querida una verdadera camarada.

Me bebo un seco de Gordon, bailo un blues, me enamoro de algunas
chimeneas y me río de los millonarios.

El pobre hombre dijo cuatro palabras y cayó muerto acribillado.

El coronel entregó personalmente 5 pesos a cada soldado.

Le habían dicho: “Mañana, al alba, será usted fusilado”.

Los otros condenados aullaron agarrados a las rejas.

Tres niñas de la Sociedad van a ser presentadas al Príncipe de Gales.

El parque amaneció cubierto de preservativos.

Josefina II ha pasado recién como un silbido. Se acercará al muelle y las
lindas muchahcas bajarán, de sombrilla.

¡Qué macanudo!

(“¡Fuego, fuego! La casa se quema. Vienen los bomberos.”)

“Sofá. Cama. Sopa. Cada nabo soso. La bola va sola”)

El hombre fusilado debe estar ya medido destruido en la Chacarita.

América Scarfó le llevará flores, y cuando estemos todos muertos,

América Scarfó nos llavará flores.

Fernando Grieta

Yo, Fernando Grieta, nací el 17 de noviembre de 1994 en la ciudad de Granada. Llevé una vida rápida y viví en varios sitios de la ciudad que tuve, generalmente, que abandonar de forma inesperada. En estos tiempos tuve mis primeros contactos con el chamanismo que continuaron cuando viajé a Argentina y me establecí en la ciudad de La Plata. Como autor no soy el más indicado para hablar de otro a que uno tenga que hablar sobre sí mismo. Solo digamos que, aunque lo parezca, no hay ninguna metáfora y no digo nada más que lo literal escondido con los autores que he escogido es más que explícita tanto por mi origen como por mi obra.

Canción de muerte a Alfredo

Alfredo,

La calle me pide que te escriba un poema,
Esa vieja querida tuya de ojos negros
Que dormía a tu lado
y sus pies helaban tus pies.

Tú, al que el absurdo reventó a risotadas
Y acabó como una mancha que no se limpia en tu frente
De los golpes producidos junto el vino barato.

Tú que te petrificas en los brazos canosos de la calle
Tocando la guitarra cosida de la limosna
Y acurrucado en la puerta de los bancos y las terrazas.

Que desmenuzabas el tabaco todavía verde
Y fumaba cigarrillos que lubricaban azufre en tus dedos.

Que acercaste tu boca al olor agridulce de la prostitución
Y bajabas cremalleras como una cortina que se corre al alba.

Que sentados en bares de negros veíamos bailar a las mujeres
Y cuando se acercaban las apartabas como las moscas y el humo.

Recuerdo cuando el alcoholismo mezcló tu sangre con la de Judas
Y las palabras comenzaban a caerse como baba gris.
La miseria vino como un fantasma que cobraba más y más carne;
Escribíamos sangrando y te bebiste tu sangre borracha,
hasta que la realidad pisó tan fuerte como la locura.

Recuerdo cuando la soledad te servía un plato de pienso
Y compartías la comida con los perros de Trinidad,
Esa plaza donde las palomas usaban sus muñones como muletas,
Cerca de la catedral, donde José también pedía
Para comprar chocolate.

¿Cómo acabó la noche? ¿Cómo terminó la noche, Alfredo,
Desvelándonos por el llanto en la cuna de la tuberculosis
Cuya madre tranquilizaba dándole con su pecho escuálido

una leche con limón?

Oh Alfredo cuándo habrían las bolsitas con la ilusión con la que los niños
habren regalos de navidad,
Sujetando con sus tiernas manos los grasientos cabellos de la droga!

Alfredo, Alfredo, cuándo el suicidio era un cuarto comprado
Y en un Carmen abandonado del Albacín bailábamos desnudos
junto a otras fulanas.

Oh Alfredo cuando despertaste al lado de una botella taponada
con un cuchllo

En un piso sin muebles con siete bolsas de basura.

Que tu voz se rompa bruscamente con la suavidad que anhelabas
Y te empaste muelas de carbón y un embudo
por el que continuamente caiga orina

Orina desde un tetrabrik, roja y oscura como la sangre flamenca.
Que encuentres la paloma de la que ahorcarte o eructes mariposas
¡Reventado por dentro! Como preludio al vómito opiáceo.

Alfredo ¿Qué puedo decirte si entiendo que la poesía
te haya matado?

Nosotros, que realmente hemos podido ver la mano blanca
y cruel del frío de Granada

Y fuimos tus hermanos bastardos nacidos de la madre
hambrienta que es el arte.

Alfredo, cómo se retuercen los cuadros de tu cuaderno de colegial
Y los barrotes acolchados de las paredes y las pastillas.

Alfredo, ¡Cómo esperan el puente de Lavapiés o, abajo, el callejón
más cercano!

Cómo esperan tanto como tú esperas igual que aquel fantasma del paseo de
los tristes,

Errante con la guitarra que te rompió la policía
Tu triste figura, Alfredo, que recuerda vientos violetas.

Canto del desaparecido

Se declaró no poder decir cuántos eran
Porque ese día eran demasiado numerosos.

Vinieron unos vestidos de uniforme,
Otros con ropas deportivas, otros de fiesta,
Pero todos con pistolas enfundadas
Y con cuerdas, y con sacos,
En el pecho una sabandija.

Vinieron cuando la noche caía sobre los pueblos
y los cazadores recibían órdenes de tener su puñal favorito bien
afilado.

Le pusieron una venda a la piñata
Y en el suelo, le inflaron bien a golpes.
No dio tiempo a una llamada telefónica
Ni de que el niño se secase la leche
Antes de que lo metieran en una bolsa de plástico.
No tenían compasión la suelas de sus zapatos,
Pero se frotaban las manos bien con alcohol.

La nota de despedida era una vela a medio consumir,
Las puertas abiertas esperando hasta altas horas de la madrugada,
Los perros ladraban continuamente hacia el horizonte.

Se fotografiaban esqueletos clasificados con una tarjeta
Y colocaban corazones en su estante respectivo.
Les agarraban del pelo con los dedos llenos de alquitrán
Y los llevaban a una sala en una mesa con el mantel puesto
Recibían los besos eléctricos de la picana.

Un simio mastica un seno cortado.
Uno sujetaba un diente y una baraja de cartas.
Unos bailaban entre ellos música radiofónica.
Uno procuraba que la carne se despellejara
y no se enfriaran las ollas.
Un cerdo se relamía a la vista de todos.

Los cuerpos amontonados como ratones de una tienda de animales,
Extrañas camisas de dudosa procedencia se secan al sol.

Hasta que no reviente no se muestra lo que pasa
Y mientras la prensa adultera los titulares con sacarina,
Profesores fuman un último cigarro bajo la capucha
Y tiraban angelitos atados desde las avionetas.

Autos hacían la obscura patrulla de la redada
Esquivando al hambre que picoteaban los pájaros.
Verdugos con un auricular en la oreja
Cumplían pacientemente lo que la voz susurra.
Una mujer apoyada en el alfeizar de un agujero
Espera a que vuelva su amante o a que se la lleven a ella.

¿Dónde están mis muertos?
Y para no oír la respuesta se tapan los oídos.

¿Dónde están mis muertos?

Charlando desnudos con las algas.
Debajo de una sucia capa de hielo.
Perdidos en el bosque.
En cajas de cemento y astillas.
A la sombra de una acequia.
Calentando un horno sin manoplas.

¿Dónde están mis muertos?

Pisoteados por las mulas como en España
Abrigados por la manta de escarcha de las estepas rusas.
En el humo sospechoso y las lágrimas hervidad de Alemania,
Bajo la tierra crujiente de huesos que Europa ha sembrado.

¿Dónde están mis muertos?

Debajo del desierto Mexicano y sus estudiantiles
Calaveras multicolores.
En los brazos que nunca serán estrechados por las favelas de Brasil.

En la memoria de Argentina que aún espera vueltas a casa.
En las selvas comidas por las excavadoras de Latinoamérica.

¿Dónde están mis muertos?
En la trágica mezcla de la ceniza
Y la fosa común de todo el mundo.

Y en todos los sitios eran órdenes los culpables.
No habían ejecutor ni víctima, solo impresos.
Fueron balances los paredones, no fusiles.
¿Qué humano podría hacer algo así a otro?
Solo el poder que con su sangre fría
Envía números a derramar caudales de cálida muerte.

Pero por más que desaparezca,
El hermano, los padres, el hijo,
La lavandera de la esquina,
El aprendiz o el maestro,
El inocente, algún culpable
Por una buena causa,
El obrero, el botones de la pensión,
Los ancianos que llevan bastón y cuaderno
E incluso ilusiones de ¡Ay! Solo quince años.
Por más que desaparezcan que el pueblo no olvide
Que las calles tienen peste de guerra,
Que la política no tiene piedad,
Que el secuestro es tan común
Como el suicidio del arruinado que le quitan el techo.
Que el único que nunca más suceda el presente.

Aguantando la noche

En el matadero, las reses bailan en la puerta
El ritmo de una guitarra que una oveja toca.

En el callejón del matadero músicos amarillos
Están cantando la suave danza de los ahorcados.

Las paredes de autobús exigen que no se dé limosna
Y los niños con navajas en el cinto esperan en el callejón.

El vals empieza en el callejón todos los días como un aquelarre
¡Ya salen los bailarines a tumbarse en las escaleras de palacio!

Con las cremalleras bajadas y un cachito de tela en los dientes;

Con la piel cubierta de la pintura gris de la ceniza;

Se ponen a fumar los esqueletos cigarros de plata
Mientras los búhos tiritan desde los semáforos.

Con la caricia del cáncer aún caliente y apoyado en un bastón;

Con muslos pantanosos y una cicatriz en la barriga;

La vista desde el abismo de la ciudad de hierro y sus calles
repletas de excremento y soledad.

¡Aquí tenéis la miel podrida debajo de las colmenas!
¡Aquí tenéis lo que tapan los anuncios de perfume y comida rápida!
¡Aquí tenéis el resultado de tener que ponerse una máscara de gas tras el
desayuno!

La noche, la noche nublada de veneno, la noche.

¿Cuánto tuvieron que sufrir para haberse comido así los dedos?
Un perro juega con un clavel mientras los negros pelean contra una paloma
Y un muñeco en silla de ruedas se lanza furioso hacia una furgoneta en
marcha.

La noche, noche en la puerta del matadero, en el callejón, la noche.

Mirad como una señora sonríe con una boca de bebé
Y saca el paraguas para hundirlo en el brazo de su amante.

Mirad como un cadáver sale en una bolsa de supermercado
Cuando los amigos se han hecho las fotos suficientes.

Noche, la noche, lago de colmillos, la noche

¿Cómo soportar el tedio y no acabar borracho de lodo?
¿Cómo soportar el mundo y no abrir una ventana al vacío?

Marionetas mueven sus caderas con labios húmedos de roja tintura;
Los hombres, huecos de cabeza y corazón, caminan sin rumbo.

Absurdo ¿en qué nos has convertido?

En ávidos buscadores de la nada;
En sonámbulos personajes de un carnaval grotesco;
En vagonetas cargadas hasta el tope de cerillas;
En sombras chinescas sobre una pared llena de mensajes tristes;
En suicidas que nunca encuentran un puente a su gusto.

Absurdo ¿En qué nos has convertido?

Solo el desierto de arena de plástico y la noche;
Solo las vías del tren donde hay abandonado un abrigo y una bomba;
Infantiles y cobardes, escondidos en una madriguera de ratón hecha un
basurero.

Todas las noches
Los muertos exigen
Su ofrenda de vino,
Cuando sale la luna,
Sol negro de la melancolía.

¡Qué vida, oh qué vida!
¿Qué alucinación puede superar
Los horrores de lo cotidiano

En cualquier callejón,
En cualquier matadero,
En la acera de enfrente
O en la de más allá?

Un ocaso cobra diez mil puñaladas
Y hay tres ataúdes en el balcón.
Mejor el riesgo que la rutina
O está amaneciendo
O la luna está muy llena.

Los niños nocturnos de las plazas perdidas

Al lado de la fuente hay
Una cajita de metal y esparto.
La sombra de una hoguera hacía inmensos a los escorpiones
Y las moscas tosen por el humo del cristal.

En la fuente, a Cupido le falta un ojo,
El agua está llena de esqueletos de elefantes
Que la han teñido del color del amanecer reflejado en la gasolinera.
Los peces respiran tabaco podrido y duermen tapados por la grieta entre
las médulas.

Ahí, se reúnen los niños perdidos
A patrullas en busca de carne seca.
Las motocicletas dan tres gritos cuando las espuelas se clavan
Muy profundamente en le costado del tubo de escape.

Es ahí donde los niños perdidos
Hacen en sus bolsillos ramos de colillas
Y quedan del aparente asesinato de las farolas,
Verdes rastros de saliva de ángel.

Enjambres de huérfanos sin lengua
Llevan una espina al lado de una bolsa de plástico
Donde quedan migajas de una arena blanca como el yeso.

Enjambres de huérfanos temblando
Mastican sus dientes crujientes como caramelitos
Y el frío no es problema siempre y cuando haya una presa a la que abrir en
canal.

La inocencia no vale ni una pluma de paloma
Cuando padre es trinchado por el número más alto de una naipe,
Y madre en el bosque debe pagar una deuda a hombres nocturnos,
Cuando un hermano hace de pájaro doméstico por treinta años,
Otro lleva la brújula a la perdición de una bala en el pico
Y el más pequeño limpia en los semáforos parabrisas con betún.

Es así como los niños perdidos
Se reúnen solitarios por la noche
Al lado de una fuente que suele guardar el secreto.

Salen a desnudar a amantes ingenuos
Que pensaron que la luna, esa sucia traidora, tendría piedad.

A por los relojes de los que caminan con prisa
Y no saben que en el atajo tiritan los guardianes.

A por los zapatos de las bailarinas
Y a por los teléfonos que venden de contrabando como las joyas.

¿Qué hacer si la chapa se calienta al sol
Y todo está permitido excepto la esperanza
Bajo pena de ser ellos mismos quienes se descosan los labios?

Y en las plazas buscan bolsos de piel de culebra
Evitando el forcejeo un destornillador de sonrisas mellada.

Buscan nidos de plata, tarjetas y nombres
Y lanzan los pellejos al río para que les de suerte y no les descubran.

Todo por unas monedas para que el Paco
Se digne a darles un abracito de abuelo.

Todo por una monedas que cambiar por lentejas pegadas a la olla
Que se raspan con un cuchillo y con un gusto parecido al azufre.
Porque no hay salida cuando naces en una litera de trapos
En la continua lluvia de la intemperie.

Cuando tu sangre es de polvo no importa la herida,
Todo por unas monedas y el olvido de los camellos.
Porque la economía, con sus dienteccillos de rata, necesita
para mantener su fetiche
Frentes con cicatrices mal curadas hace mucho tiempo.

Ni la víctima es tan inocente ni el verdugo tan culpable
Ya que ambos solo son causa de un monstruo mayor

Con el que, sin embargo, tienen una triste coincidencia,
Sin importar el precio, lo que repercute todo por una monedas.

No hay lágrimas, no las hay, solo una fuente rabiosa,
Maderas mal apliladas, paredes de colchones usados
Y el látigo invisible de la pobreza.

Y así deambulan las dos corrientes de los cuerpos sin rostro,
Perdiéndose en el laberinto de sombras de la calle
Cuya peste oculta la dosis diaria de lejía.

Canción de cuna para Patricia

Ya sales, con la saliva destiñendo a tu frente rubia,
Con los ojos violetas y una muñeca de porcelana bajo el brazo,
Contoneándo por aquellos salones con la melancolía
de un baile lascivo.

Tu piel lleva tatuada el encaje de los esclavos negros
Y cuando un soplo te desnuda tus ropas caen como hojas marchitas
¡Qué largo es el otoño! Y qué duros tus párpados cuando el vacío
te saca a pasear.

Y llegaste llorando a una casa donde los relojes
Tiritan con un frío demasiado crudo para moverse.
Llegaste llorando cuando los lobos ya se dirigían a las cunas
Y los gastos domésticos gritaban de dolor desde las ventanas.
¡Cuánto pesan las ganas de un abrazo en una noche como éstas
Cuando no viene el alba, ni el sueño, ni el olvido!

Te esperaban con un candelabro bajo el sol eléctrico
Babeando lunares en los hombros peludos del sofá;
Las escolopendras llevan sobre sus lomos una tarta de cumpleaños,
Es horrible, pero al menos los demonios te reciben sonrientes
y la anorexia aún está durmiendo con la ternura de una niña
pequeña
Aguardando a que tú, la despiertes con un beso.

La tristeza se congestiona en tus piernas de jeringa,
Necesitando que llueva sangre en tus colmillos para que vuelvan a latir tu
corazón,
Agarrotado como un puño de mono entre los pétalos de tus músculos como
costras.

Llamando en celo a la psicosis y a la muerte despeinada,
Con el silencio del decepcionado que acelera en busca
del accidente de coche,
Con los ojos, húmedos de un rocío salado, entre las margaritas.

El desayuno de migraña traerá el vómito de los piojos

Que te escrutan de la cabeza a los pies desde la leche turbia
Y te acompaña hasta la tarde donde crujen los huesos y el estómago;
En los días donde cantas a los buitres con la voz de una ángel
Cayéndote a pedazos desde el balcón verde que da al puerto,
Mientras el tiempo maldito, por no pasar o por pasar
demaciado rápido,
Esnifa la sal del mar seco como un polvo de tabaco y hierbas.

Cuando al fin esa soledad del cuerpo y la fe en el odio
Te consuman, dejarán amapolas sobre tu vientre
Para que no te olviden los gatos.
Cuando el delirio fermenta hongos y camelis
en tus zapatos rojos y te marches descalza
Empapándote en charcos de cieno:
Te traerán las lágrimas que no tuviste
Con tequila, cerillas y maldiciones,
A tu precencia, cada vez más escuálidas,
Sangrando como una puerca, triste, por tus venas de nieve.

Europa, canto de olvido

Vieja y perdida Europa
¿Qué te queda excepto tu odio?
Naciste de la guerra
Te acunó la finanza
Y los crímenes del padre
Lo pagaste en tus hijos
Que besaban tus manos
Empapadas de orines.

Vieja y perdida Europa
Has perdido el perdón de los caballos
Y como no soportas la vergüenza del sol
Te tapas la cara con las chimeneas
Y qué pálida te quedaste, querida Europa,
Qué pálida te quedaste, querida Europa,
Qué pálida bajo las máquinas de café
Y bajo los nidos de plástico de los vagabundo,
Con solo una moneditas para consolarte jugando a los chinos.

En cada flor que había pusiste una cabina telefónica
Y has abierto tu vientre para que la masa
Pueda sentir la soledad del subterráneo.

Has predicado la tristeza y la avaricia a los cuatro vientos
Exigiendo obediencia con una máscara de cordero y unos alicates,
Exigiendo sacrificar sobre una mesa de mármol a los primogénitos
Y exigiendo un baño caliente tras el derecho de pernada.

Hiciste crecer un tumor en el alma de los hombres,
Encerrados en la eterna cuarentena del trabajo.
Robaste las lágrimas de las viudas
Y las carcajadas de los feriantes
El cuchillo del asesino
Y unas medias que se secaban a la intemperie.
Metiste en la jaula a un gorrión y te divertiste
Esperando a que él solo se ponga la soga.
Europa, niña cruel y retorcida,

Cómo disfrutaste cuando aquel que te cantaba canciones de amor
Se tiró desde un puente bajo la atenta mirada de los coches.
Cómo disfrutaste cuando se derrumbó la mina sobre treinta y cuatro
muchachos,

Cuando le diste un portazo en las narices a un peregrino
Y luego pediste asilo por la lluvia con la sonrisa del fusil y la hoguera.
Has estrellado un violín contra el suelo,
has usado un cuadro de servilleta para limpiarte la grasa.

Qué poca piedad tuviste siempre y qué pocos remordimientos,
Comedora de piedras, Mercader de vidas.
Durante los bombarderos mandabas a los niños a jugar a la pelota
O a construir trincheas en la arena que las olas deshacen,
Quedando solo grises esqueletos que después la marea se traga.
Formaban largas colas en la puerta del cirujano
Los estudiantes a los que les acariciabas el cabello durante la lobotomía.
Tejedora de camisas de fuerza, de mortajas y carteras de cuero.

¿No ves que no sirvió de nada
Tener todo el oro del mundo?
¿Qué eres ahora, rodeada de botellas de champán,
Más que una borracha que no llora porque se le corre el maquillaje?

Mira cómo las hadas se cortan las venas,
Cómo se han teñido los ojos y las plumas de negro,
Cómo los ancianos, impacientes de muerte
Observan con lupa como sus tobillos se van poniendo morados.

Has plantado un enorme campo de linternas
Haciendo que la noche sea tan oscura como la pintan.
Vieja y tonta te has vuelto, Europa, vieja y tonta
Y aburrida y sin escrúpulos, sin importarte
Que para mantener el orden al que te condenas
Tengas que mandar a unos cuantos a liarse a tiros
Dentro y fuera de tus cercos,
Vieja, tonta, triste, gorda Europa.

Que los colegiales hagan una balsa y se echen al mar,
Que las gaviotas migren y los perros se vayan a nado si hace falta.

Que la luna se niegue a aparecer por no tener bosque
donde posarse,
Que los supervivientes no se cansen de pedir a gritos en busca de un barco.

Porque Europa podrida, has perdido la inocencia
Y la posibilidad de que algún día crezca hierba en las ciudades.
No hay más que mirar tu cielo coronado de una inmensa aureola
De neblina compuesta del metano y fósforo de los fantasmas por muerte
violenta.

Que tu historia se borre como un sueño tras la gula,
Se invente otra lengua y otra forma de hablarla,
Para que no vuelvan a repetir tus discursos.

Que emerja lo nuevo del salto al vacío
Y aprendamos que para que nunca más se consuma un estómago de polvo
o metralla

Merece la pena arriesgarse incluso a cambiar el mundo.
Pero que no se olviden de poner una rosa sobre tu tumba, Europa
Cómo tú, irónica, siempre pusiste en las extensas hileras blancas.

Federico García Lorca

Nacido en Granada el 5 de junio de 1898 y fue asesinado en un pueblo de la misma ciudad el 19 de agosto de 1936. Tristemente reconocido canónicamente por una parte de su obra, presentamos en esta antología la etapa de “poeta en New York” en la que Lorca vira drásticamente su estilo a partir de cambiar su perspectiva del mundo tras su paso por la gran urbe Americana.

La poesía de poeta en New York sobrepasa al Lorca apolítico y encerrado en su interioridad y muestra el choque de esta contra la modernidad llena de agujas y multiplicaciones, donde lloran barrigas de los negros y los billetes se juegan corazones de niños a las cartas. La imaginación destruida por el capitalismo lejos de Andalucía, que pronto sufrirá un horror diferente que poco a poco irá siendo el mismo, crean a un Lorca en el que el delirio muestra el verdadero rostro de la ciudad industrial, un Lorca que saborea la miseria y la muerte desde el amarillo ocre de las monedas y no el verde de sus idealismos gitanos. Hayamos a un poeta roto que con sus jirones buscará el estrangulamiento. La inocencia de Lorca se convertirá en odio, el agua del arroyo en escupitajo. Lorca despertó a la pesadilla de la realidad que se avecinaba y se opuso a ella, se quitó la corona de laurel y se puso un collar de cabecitas de paloma.

Despertó y quizás por ello sería secuestrado una noche en la que le dieron una patada y un tiro junto a dos anarquistas y un maestro cuya sangre también se mezcló en la fosa común durante una noche de veraniega.

Iglesia abandonada (Balada de la gran guerra)

Yo tenía un hijo que se llamaba Juan.

Yo tenía un hijo.

Se perdió por los arcos un viernes de todos los muertos.

Lo ví jugar en las últimas escaleras de la misa
y echaba un cubito de hojalata en el corazón del sacerdote.

He golpeado los ataúdes. ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Saqué una pata de gallina por detrás de la luna y luego
comprendí que mi niña era un pez
por donde se alejan las carretas.

Yo tenía una niña.

Yo tenía un pez muerto bajo la ceniza de los incensarios.

Yo tenía un mar. ¿De qué? ¡Dios mío! ¡Un mar!

Subí a tocar las campanas, pero las frutas tenían gusanos
y las cerillas apagadas
se comían los trigos de la primavera.

Yo vi la transparente cigüeña de alcohol
mondar las negras cabezas de los soldados agonizantes
y vi las cabañas de goma
donde giraban las copas llenas de lágrimas.

En las anémonas del ofertorio te encontraré, ¡corazón mío!,
cuando el sacerdote levante la mula y el buey con sus fuertes brazos para
espantar los sapos nocturnos que rondan los helados paisajes del cáliz

Yo tenía un hijo que era un gigante,
pero los muertos son más fuertes y saben devorar pedazos de cielo.
Si mi niño hubiera sido un oso, yo no temería el siglo de los caimanes,
ni hubiese visto el mar amarrado a los árboles
pero ser fornicado y herido por el tropel de los regimientos.
¡Si mi niño hubiera sido un oso!

Me moveré sobre esta lona dura para no sentir el frío
de los musgos.

Sé muy bien que me daría una manga o la corbata;
pero en el centro de la misa yo romperé el timón y entonces
vendrá a la piedra la locura de pingüinos y gaviotas
que harán decir a los que duermen y a los que cantan
por las esquinas:

él tenía un hijo.

¡Un hijo! ¡Un hijo! ¡Un hijo

que no era más que suyo. Porque era su hijo!
¡Su hijo! ¡Su hijo! ¡Su hijo!

Danza de la muerte

El mascarón, ¡Mirad el mascarón!
¡Cómo viene del África a New York!
Se fueron los árboles de la pimienta,
Los pequeños botones de fósforo.
Se fueron los camellos de carne desgarrada
y los valles de luz que el cisne levantaba con el pico.
Era el momento de las cosas secas,
de la espiga en el ojo y el gato laminado,
del óxido de hierro de los grandes puentes
y el definitivo silencio del corcho.
Era la gran reunión de los animales muertos,
traspasados por las espadas de la luz;
la alegría eterna del hipopótamo con las pezuñas de ceniza
y de la gacela con una siempreviva en la garganta.
En la marchita soledad sin honda
el abollado mascarón danzaba.
Medio lado del mundo era de arena,
mercurio y sol dormido el otro medio.
El mascarón. ¡Mirad el mascarón!
¡Arena, caimán y miedo sobre Nueva York!

Desfiladeros de cal aprisionaban un cielo vacío
donde sonaba las voces de los que mueren bajo el guano.
Un cielo mondado y puro, idéntico a sí mismo,
con el bozo y lirio agudo se sus montañas invisibles,
acabó con los más leves tallitos del canto
y se fue al diluvio empaquetado de la savia,
a través del descanso de los últimos desfiles,
levantando con el rabo pedazos de espejo.
Cuando el chino lloraba en el tejado
sin encontrar el desnudo de su mujer
y el director del banco observaba el manómetro
que mide el cruel silencio de la moneda,
el mascarón llegaba a Wall Street.
No es extraño para la danza
este columbrario que pone los ojos amarillos.
De la esfinge a la caja de caudales hay un hilo tenso

que atraviesa el corazón de todos los niños mecánico,
ignorantes en su frenesí de la luz original.

Porque si la rueda olvida su fórmula,
ya puede cantar desnuda con las manadas de caballos;
y si una llama quema los helados proyectos,
el cielo tendrá que huir ante el tumulto de las ventanas.
No es extraño este sitio para la danza, yo lo digo.

El mascarón bailará entre columnas de sangre y de números,
entre huracanes de oro y gemidos de obreros parados
que aullarán, noche oscura, por su tiempo sin luces,
¡oh salvaje Norteamérica! ¡oh impúdica! ¡oh salvaje,
tendida en la frontera de la nieve!
El mascarón. ¡Mirad el mascarón!
¡Qué ola de fango y luciernaga sobre Nueva York!

Yo estaba en la terraza luchando con la luna.
Enjambres de ventanas acribillaban un muslo de la noche.
En mis ojos bebían las dulces vacas de los cielos.
Y las brisas de largos remos
golpeaban los cenicientos cristales de Broadway.
La gota de sangre buscaba la luz de la yema del astro
para fingir una muerta semilla de manzana.
El aire de la llanura, empujado por los pastores,
temblaba con un miedo de molusco sin concha.
Pero no son los muertos los que bailan,
estoy seguro.

Los muertos están embebidos, devorando sus propias manos.
Son los otros los que bailan con el mascarón y su vihuela;
son los otros, los borrachos de plata, los hombres fríos,
los que crecen en el cruce de los muslos y llamas duras,
los que buscan la lombriz en el paisaje de las escaleras,
los que beben en el banco lágrimas de niña muerta
o los que comen por las esquinas diminutas pirámides del alba.

¡Que no baile el Papa!
¡No, que no baile el Papa!
Ni el Rey,
ni el millonario de dientes azules,
ni las bailarinas secas de las catedrales,

ni constructores, ni esmeraldas, ni locos, ni sodomitas.
Sólo este mascarón,
este mascarón de vieja escarlatina,
¡sólo este mascarón!

Que ya las cobra silbarán por los últimos pisos,
que ya las ortigas estremecerán patios y terrazas,
que ya la Bolsa será una pirámide de musgo,
que ya vendrán lianas después de los fusiles
y muy pronto, muy pronto. ¡Ay, Wall Street!
El mascarón. ¡Mirad el mascarón!
¡Cómo escupe veneno de bosque
por la angustia imperfecta de Nueva York!

El niño Stanton

Do you like me?

-Yes, and you?

-Yes, yes.

Cuando me quedo solo
me quedan todavía tus diez años,
los tres caballos ciegos,
tus quince rostros con el rostro de la pedrada
y las fiebres pequeñas heladas sobre las hojas del maíz.
Stanton, hijo mío, Stanton.

A las doce de la noche el cáncer salía por los pasillos
y hablaba con los caracoles vacíos de los documentos,
el vivísimo cáncer lleno de nubes y termómetros
con su afán de manzanas para que lo piquen los ruiseñores.

En la casa donde no hay un cáncer
se quiebran las blancas paredes en el delirio de la astronomía
y por los establos más pequeños y en las cruces de los bosques
brilla por muchos años el fulgor de la quemadura.

Mi dolor sangraba por las tardes
cuando tus ojos eran dos muros,
cuando tus manos eran dos muros,
cuando tus manos eran dos países
y mi cuerpo rumor de hierba.

Mi agonía buscaba su traje,
polvoriento, mordida por los perros,
y tú la acompañaste sin temblar
hasta la puerta del agua oscura.

¡Oh, mi Stanton, idiota y bello entre los pequeños animalitos,
con tu madre fracturada por los herreros de las aldeas,
con un hermano bajo los arcos,
otro comido por los hormigueros,
y el cáncer sin alambradas latidos por las habitaciones!

Hay nodrizas que dan a los niños
ríos de musgo amargura de pie
y algunas negras suben a los pisos para repartir filtro de rata.
Porque es verdad palomas la gente
quiere echar las palomas a las alcantarillas

y yo sé todo que esperan los que por las calle
nos oprimen de pronto las yemas de los dedos.
Tu ignorancia es un monte de leones, Stanton.
El día que el cáncer te dio una paliza
y te escupió en el dormitorio donde murieron los huéspedes
en la epidemia
y abrió su quebrada rosa de vidrios secos y manos blandas
para salpicar de lodo las pupilas de los que navegan,
tú buscaste en la hierba mi agonía con flores de terror,
mientras que el agrio cáncer mudo que quiere acostarse contigo
pulverizaba rojos paisajes por las sábanas de amargura,
y ponía sobre los ataúdes
helados arbolitos de ácido bórico.
Stanton, vete al bosque con tus arpas judías,
vete para aprender celestiales palabras
que duermen en los troncos, en nubes, en tortugas,
en los perros dormidos, en el plomo, en el viento,
en lirios que no duermen, en aguas que no copian,
para que aprendas, hijo, lo que tu pueblo olvida.
Cuando empiece el tumulto de la guerra
dejaré un pedazo de queso para tu perro en la oficina.
Tus diez años serán las hojas
que vuelvan en los trajes de los muertos,
diez rosas de azufre débil
en el hombro de mi madrugada.
Y yo, Stanton, yo solo, en olvido,
con tus caras marchitas sobre mi boca,
iré penetrando a voces las verdes estatuas de la Malaria.

New York Oficina y denuncia

Debajo de las multiplicaciones
hay una gota de sangre de pato.
Debajo de las divisiones
hay una gota de sangre de marinero.
Debajo de las sumas, un río de sangre tierna;
un río que viene cantando
por los dormitorios de los arrabales,
y es plata, cemento o brisa
en el alba mentida de New York.
Existen las montañas, lo sé.
Y los anteojos para la sabiduría,
lo sé. Pero yo no he venido a ver el cielo.
He venido para ver la turbia sangre,
la sangre que lleva las máquinas a la cataratas
y el espíritu a la lengua de la cobra.
Todos los días se matan en New York
cuatro millones de patos,
cinco millones de cerdos,
dos mil palomas para el gusto de los agonizantes.
Un millón de vacas,
un millón de corderos
y dos millones de gallos
que dejan los cielos hechos añicos.
Más vale sollozar afilando la navaja
o asesinar a los perros en las alucinantes cacerías
que resistir en la madrugada
los interminables trenes de leche,
los interminables trenes de sangre,
y los trenes de rosas maniatadas
por los comerciantes de perfumes.
Los patos y las palomas
y los cerdos y los corderos
ponen sus gotas de sangre
debajo de las multiplicaciones;
y los terribles alaridos de las vacas estrujadas
llenan de dolor el valle

donde el Hudson se emborracha con aceite.
Yo denuncio a toda la gente
que ignora la otra mitad,
la mitad irredimible
que levanta sus montes de cemento
donde laten los corazones
de los animalitos que se olvidan
y donde caeremos todos
en la última fiesta de los taladros
Os escupo en la cara.
La otra mitad me escucha
devorando, cantando, volando en su pureza
come los niños de las porterías
que llevan frágiles palitos
a los huecos donde se oxidan
las antenas de los insectos.
No es el infierno, es la calle.
No es la muerte, es la tienda de frutas.
Hay un mundo de ríos quebrados y distancias inasibles
en la patita de ese gato quebrada por el automóvil,
y yo oigo el canto de la lombriz
en el corazón de muchas niñas.
Óxido, fermento, tierra estremecida.
Tierra tú mismo que nadas por los números de la oficina.
¿Qué voy a hacer, ordenar los paisajes?
¿Ordenar los amores que luego son fotografías,
que luego son pedazos de madera y bocanadas de sangre?
No, no; yo denuncio,
yo denuncio la conjura
de estas desiertas oficinas
que radian las agonías,
que borran los programas de la selva,
y me ofrezco a ser comido por las vacas estrujadas
cuando sus gritos llenan el valle
donde el Hudson se emborracha con aceite.

Paisaje de la multitud que orina (nocturno de Battery Place)

Se quedaron solos:
aguardaban la velocidad de las últimas bicicletas.

Se quedaron solas:
esperaban la muerte de un niño en el velero japonés.

Se quedaron solos y solas
soñando con los picos abiertos de los pájaros agonizantes,
con el agudo quitasol que pincha
al sapo recién aplastado,
bajo un silencio con mil orejas
y diminutas bocas de agua
en los desfiladeros que resisten
el ataque violento de la luna.

Lloraba el niño del velero y se quebraban los corazones
angustiados por el testigo y la vigilia de todas las cosas
y porque todavía en el suelo celeste de negras huellas
gritaban nombres oscuros, salivas y radios de níquel.

No importa que el niño calle cuando le clavan el último alfiler,
ni importa que el niño calle cuando le clavan el último alfiler,
ni importa la derrota de la brisa en la corola del algodón,
porque hay un mundo de la muerte con marineros definitivos
que se asomarán a los arcos y os helarán por detrás de los árboles.

Es inútil buscar el recodo
donde la noche olvida su viaje
y acechar un silencio que no tenga
trajes rotos y cáscaras y llanto,

porque tan sólo el diminuto banquete de la araña
basta para romper el equilibrio de todo el cielo.

No hay remedio para el gemido del velero japonés,
ni para estas gentes ocultas que tropiezan con las esquinas.
El cameo se muerde la cola para unir las raíces en un punto
y el ovillo busca por la grama su ansia de longitud insatisfecha.

¡La luna! Los policías. ¡Las sirenas de los trasatlánticos!
Fachadas de crin, de humo; anémonas, guantes de goma.

Todo está roto por la noche,
abierta de piernas sobre las terrazas.

Todo está roto por los tibios caños
de una terrible fuente silenciosa.

¡Oh gentes! ¡Oh mujercillas! ¡Oh soldados!
Serán preciso viajar por los ojos de los idiotas,
campos libres donde silban mansas cobras deslumbradas,
paisajes llenos de sepulcros que producen fresquísimas manzanas,
para que vengan la luz desmedida
que temen los ricos detrás de sus lupas
el olor de un solo cuerpo con la doble vertiente de lis y rata
y para que se quemem estas gentes que pueden orinar alrededor de un
gemido
en los cristales donde se comprenden las olas nunca repetidas.

La aurora

La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de ciena
y un huracán de negras palomas
que chapotean las aguas podridas.

La aurora de Nueva York gime
por las inmensas escaleras
buscando entre las aristas
nudos de angustia dibujada.

La aurora llega y nadie la recibe en su boca
porque allí no hay mañana ni esperanza posible:
a veces las monedas en enjambres furiosas
taladran y devoran abandonados niños.

Los primeros que salen comprenden con sus huesos
que no habrá paraíso ni amores deshojados;
saben que van al cieno de números y leyes,
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.

La luz es sepultada por cadenas y ruidos
en impúdico reto de ciencia sin raíces.
Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes
como recién salidas de un naufragio de sangre.

